



Miembros de la Asociación de Ciegos Españoles (CECO), en Roma.

# «NO NECESITAMOS OJOS PARA VER A DIOS»

El 3 de diciembre se celebra el Día Internacional de Personas con Discapacidad. En este mundo de sentires, avasallado, tantas veces, por números sin nombres, se cuentan por mil millones las personas que lo sufren. Una fecha, una cifra y demasiadas heridas abiertas. Y, en medio de esta incertidumbre sin sanar, la Iglesia, tatuando sus manos en la retina de los sin voz. Una Iglesia que anochece y amanece, con los pies manchados por un dolor que quema y desgasta, respondiendo a este infinito de preguntas con un solo mandamiento: el amor.

La enfermedad, cuando llega, no pierde el tiempo con preguntas decorosas. Nunca llama, casi nunca tiene sueño y no atenúa las arrugas del desconsuelo. Sus razones, casi siempre, debilitan los latidos y hacen grandes los cansancios. Sufrir cuesta, y no siempre hallamos la respuesta cuando buscamos en silencios las pisadas de la fe. Creer acompaña, pero no siempre rescata. La discapacidad hiere, angustia, asusta. Sin embargo, hay un horizonte de certezas habitadas en medio de la prueba, una tierra nueva donde brota una felicidad

que supura sentido a las cicatrices de la herida.

## Cuando la discapacidad no es un drama

Todos tenemos amores que nos vencen, candados oxidados en rincones donde nunca hubo nadie, pero hay territorios baldíos esperando una nueva canción. Y buscando entre las calles de esta España a medio vestir, me encuentro en el Desierto de las Palmas (Castellón) con un sacerdote

encantador —por lo que es y por lo que canta— que, aun habiendo perdido la vista, me habla con pasión del ver, del vivir, del sonreír. Y no solo para creer, también para mantener su corazón a salvo cuando, en la caída, reverdezcan los temores de su piel rota y magullada.

«¿Y cómo es posible creer sin ver?», le pregunto al padre **Rafael M<sup>a</sup> León**, carmelita descalzo y consiliario nacional de la Asociación de Ciegos Españoles (CECO), nada más encontrarnos, y también vernos. Sí, porque no es necesario tocarse la piel con las pupilas para verse entera el

alma. «La discapacidad no es un drama si se lleva con amor y con humor», afirma sonriente, con una voz que, a cada segundo, armoniza a santa Teresa de Jesús en tono de fe. Y no solo lo cantan las cuerdas de su guitarra, también su mirada, fraguada en un alma de cristal que ama, confía y restaura.

### «El día de mi ordenación sacerdotal, me quedé ciego»

Su ministerio sacerdotal comenzó con él postrado en una cama, sin poderse mover, y «ese fue el mejor regalo que recibí: el descubrir que, incluso, se puede cambiar el mundo con una discapacidad y desde una cama de hospital». Así revela este trovador de Dios de 70 años dónde mora la fuente que en él mana y corre. Porque Rafa nunca deja de mirar, no, aunque apenas le quede visión en la retina y aunque detrás de sus párpados sea continuamente de noche. «Estuve de misión en Venezuela y en Colombia, y de los dos años que viví allí, uno y medio lo pasé en la cama», me cuenta, a medida que se le mitiga la palabra recordando aquella escena después de 36 largos años. La retina se le desprendía una y otra vez. Y, estando allí, «el día de mi ordenación sacerdotal, cuando el obispo y los presbíteros me imponían las manos, con mis padres y una tía presentes, noté que me quedaba ciego... Disimulé como pude, para no preocupar a mis padres, sobre todo, pero no veía nada». Y exclama sonriente, «¡pero lo conseguí!». Al tiempo, le devolvieron a España, donde le operaron para rebajarle las veinticuatro dioptrías a tres. «Fue un milagro porque, tras tener que renunciar a muchas cosas por mi deficiencia visual, volví a nacer al ver colores y formas que nunca había visto», asegura. «Después lo volví a perder...». ¿Y actualmente? «Desde hace tiempo resido en una niebla perpetua, distingo bultos y apenas veo, pero vivo feliz».



Miembros de CECO en la Plaza de San Pedro.



Rafael Mª León, consiliario nacional de CECO.



El Papa Francisco saluda a los peregrinos de la Asociación de Ciegos Españoles (CECO).

De fondo, escucha y sonríe **Marian Caselles**, la vicepresidente nacional de CECO y responsable en Bilbao, quien también reposa su mirada sobre un infinito de mares nublados en calma. «Yo empecé a perder la vista con 12 años y ahora soy ciega total». Su perro Lucero ha salvaguardado durante muchos años cada uno de sus pasos, aunque a este guía paciente y compasivo ya le pesan los recuerdos y, desde junio, Marian camina con bastón a la espera de su cuarto compañero de travesías.

### CECO: 23 años al servicio del invidente

Hay personas que merecen quedarse con todo nuestro tiempo, para calmar los cansancios, para destejerle el dobladillo a la rutina. Marian mira diferente, no porque no vea, sino porque su ternura declama un lenguaje que ya quisiéramos balbucir muchos *capacitados*. «CECO lleva 23 años funcionando e integra personas con problemas visuales, junto con personas videntes que nos quieren acompañar y ayudar», asegura sin miedo. Ahí, en esa familia, el sufrimiento y el gozo se abrazan por partes iguales. Se siente, se advierte en su debilidad por hablar de Dios. «No necesitamos ojos para ver a Dios, sabemos que existe porque en el corazón los ojos no sirven para nada».

Además, «la Iglesia es nuestra protectora, nuestra madre, nos forma, nos acoge y nos da los medios necesarios para seguir en la lucha diaria siguiendo el camino de Jesús». Y mientras yace su mano sobre su bastón, apunta: «Y nosotros aportamos nuestra alegría y nuestras ganas de vivir, ¿verdad, Rafa?». Lo hacemos, «y mucho», asiente el consiliario, «y aunque la gente ve como una desgracia el estar ciego, cuando aceptas la situación, se puede llegar a ser feliz de verdad». Al instante, Rafa levanta las manos y expresa a viva voz: «¿Sabes que, hace un mes, nos llevaron

a Roma a ganar el Jubileo? Y, lo mejor de todo, ¡a ver al Papa! Y, además, ¡vimos Roma de noche!». La situación, que nos hace llorar de alegría, deja patente que «no se acaba la vida por no ver».

## «La respuesta siempre es el Amor»

A veces, es necesario recolectar tropezos hasta que ya no queden piedras para, así, darte cuenta del valor de cada paso. Basta con creerse, con saberse capaz, con aprender que lo imposible solo tarda un poco más. Desde la otra orilla de España, **Marisol** y **Mary Tere** también quieren estar presentes en este sendero de sonetos por cantar. Las hermanas, con 52 y 53 años respectivamente, ponen sus talentos al servicio de la Pastoral del Sordo y Sordociegos, una realidad que nace con el objetivo de ofrecer a las Iglesias locales y particulares los instrumentos para empezar a trabajar para y con las personas sordas. Su misión, como nos enseñan estas hermanas sordociegas de la diócesis de Huelva, es cuidar y difundir con particular empeño la formación de formadores de los futuros presbíteros, del personal religioso y de todos los agentes de pastoral.

Cuando el Síndrome de Usher acaeció sobre sus vidas, recién nacidas, ambas decidieron desplegar sus alas y no dejar sus huellas taladas en la acera. Lo hicieron a pesar de no escuchar y de sufrir una pérdida gradual de la vista. Aunque las células de sus retinas no quisieran perseverar, ellas revirtieron la situación para ponerse al servicio de Jesús y, como me cuenta Mary Tere, «amarnos unos a otros como Dios nos ama, y perdonarnos, y ser misericordiosos». Porque creer «no es cuestión de sordera o de ceguera; hay muchos que, viendo, no ven la realidad», y «la realidad es que todos tenemos que ayudarnos y vivir la felicidad dándonos a los demás». Tal vez, reconoce con un



Sacerdotes de la Pastoral del Sordo y el obispo Vilaplana en la ordenación de Juanjo, una persona sorda.



Marisol y Mary Tere Brioso, hermanas sordociegas de la diócesis de Huelva.

pequeño sentimiento de amargura, «eso es lo que falla». Marisol habla el mismo idioma, y trata de contármelo en la palma de mi mano: «Dios tiene un plan para todos; sordos, ciegos o con Síndrome de Usher, nos quiere para algo. La respuesta siempre es el Amor, y para eso da igual que oigas o no». Me escribe «Amor» en mayúsculas, y lo hace en la lengua de signos apoyada, en un dialecto dactilológico bellissimo.

## Una Pastoral del Sordo para escuchar el corazón

Vivimos en una sociedad desbordada de murmullos, donde en ocasiones asusta escuchar al corazón. Y, a pesar de lo

que muchos creemos, Marisol me advierte que los sordos también tienen ruidos internos: «Los ruidos de dentro no paran». Por eso, «la Pastoral del Sordo tiene que ayudar a que ese miedo no caiga también en nosotros». De esta manera, «tenemos que ser valientes para vivir desde el amor, desde la ayuda a los demás». Los oyentes, dice, «tienen que darse cuenta de que todos somos Iglesia, somos personas, con una discapacidad, pero... ¿Quién no tiene una discapacidad? ¿Estamos todos capacitados para todo?». Gracias

a esta pastoral, completa su hermana, «se puede atender a personas con necesidades especiales para eliminar la barrera de la comunicación». Aunque, reconoce Mary Tere, «hemos de parar un poco» porque «el pensamiento es el que, cuando no para, no deja escuchar el corazón de la gente y el de Dios». Él, «y solo Él», me confiesa casi al oído, «ayuda a que venzamos nuestros miedos».

«¿Y todos aquellos que, por una enfermedad o discapacidad, han perdido la esperanza?», le dejo caer, con cuidado, en voz alta... «San Juan Pablo II decía “No tengáis miedo”. Y yo lo digo: vivid felices sin tener miedo». No están solas, y su valentía es el eco de muchos rostros que viven en la piel del mismo abrazo.

## El lenguaje de la ternura

Alzo la vista y pongo la mirada en Bilbao. Allí me espera **Sergio Buiza**, el director del departamento de Pastoral del Sordo de la Conferencia Episcopal Española. Este sacerdote de Bilbao mantiene en pie de paz una realidad de 1.200 personas sordas y 52 sordociegas en la Iglesia española. Su único deseo es «construir, entre todos, una Iglesia de inclusión» en la que «nos sintamos comunidad creyente, sin barreras auditivas, de visión o comprensión; físicas, mentales o arquitectónicas». Una realidad, reconoce,

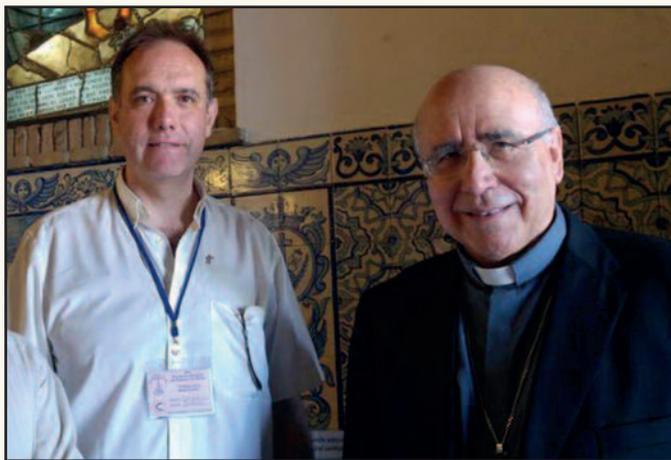
«donde aún queda mucho camino que recorrer». Entre la amabilidad de su compromiso y la sencillez de su servicio, Buiza habla en lengua de signos y, como no podía ser en otro idioma, lo primero que aprendió a decir fue el Padre Nuestro. Pero lo que le cambia el corazón, reconoce, es «ver cómo cada persona sorda va descubriendo la presencia de Jesús en su vida», porque «cuando hablamos el lenguaje del corazón y de la ternura, encontramos una posibilidad de abrir la propia existencia a la fe». ¿Quién no tiene alguna discapacidad?, intento expresar. «Todos tenemos alguna; vamos juntos en el camino de la historia, pero no somos gotas de agua en la inmensidad del desierto...».

## La fe en medio de la prueba

A veces, en lo extremo, en la incertidumbre de no saber si querer florecer o quedarse anclado bajo tierra, brota lo mejor del ser. Mi próxima parada se halla en Segovia, al lado del fastuoso manto del acueducto y la brisa pulida de un encuentro admirable. A escasos metros de la muralla romana, dejando atrás la famosa calle del Azoguejo, entre rimas celestinas y prosas escritas en sillas de ruedas, la Virgen de la Fuencisla y san Frutos presagian un abrazo que no tarda mucho en llegar. Pregunto por la Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad, y no demoran en dirigirme hacia la travesía de Antonio Machado, donde la poesía —¡cómo no!— traza los pasos de aquel poeta emblemático que nunca antepuso el temor de la metralla al sudor de la palabra. Me recibe **José María López**, el consiliario nacional de Frater, un movimiento de la Acción Católica es-



Eucaristía de los miembros de la Comisión General de Frater.



Sergio Buiza y don José Vilaplana, obispo responsable de sordociegos.

pecializada que surge del corazón mismo de la enfermedad y la limitación física, y del deseo de superarlas. Chema me abre las puertas, permanece en silencio y se deja apagar para iluminar el camino de sus hermanos.

## Frater, donde el corazón se hace abrazo

Es la hora de la comida. O, quizá, un poco más tarde. El recibimiento, sin embargo, tan amable como cariñoso, no distingue de tiempos ni de estaciones. Están juntos en la casa donde viven. Y no, no es necesario mirar sus sillas de ruedas para andar con ellos por las huellas de sus senderos. El hogar huele

a refugio, a leña recién prendida, a otoño cosido a eslabones de abrazos. Aquí, hace tiempo que los sueños dejaron de serlo, porque la vida deja de ser un sueño cuando se vive por entero. «Me siento un cura privilegiado», me cuenta Chema, «desde las parroquias rurales donde estuve, pasando por el hospital psiquiátrico —donde aprendí como capellán durante treinta años que, en los espacios de locura, se puede leer limpiamente el Evangelio—, hasta llegar al mundo de la enfermedad y la discapacidad física donde estoy ahora». Los casi cincuenta años entregados como sacerdote esculpen a fuego lento los setenta y tres que promete su DNI. Lo dicen su alegría, su espíritu tenaz y sus infinitas ganas de servir.

«Y del papel de la Frater, ¿qué podemos aprender?». Lo pregunto con toda la fe del mundo porque, siendo testigo de las capacidades de cada uno de ellos, la respuesta solo puede escribirse en bibliografías de amor. «La Frater ayuda a tener un conocimiento de la realidad

existencial de la discapacidad física y la enfermedad, que no acaban de ser conocidas, reconocidas y valoradas en su justa medida» y «a eliminar las barreras de todo tipo que impiden la integración de estas personas». Para la Iglesia, sostiene el consiliario, «puede ser un estímulo para no caer en la rutina y quedar atrapados en una fe excesivamente teórica o abstracta, alejada del mundo del sufrimiento o de la enfermedad».

## Evangelizar desde la discapacidad

Chema trata de explicarme a ese Dios en quien creen y que «no es el causante de sus males», pero «les ayuda

a vivirlo de otro modo, porque sienten que camina con ellos en medio de sus dificultades, luchas y esperanzas». Y, de repente, aparece **Basi Martín**, la presidenta general de Frater España. Su profesión de enfermera reconoce cada uno de sus cansancios, aunque también acompaña el sentido de su trayecto. Su pelo matizado del gris del otoño, su eterna sonrisa y la ternura de sus ojos hacen, de su silla de ruedas, un hogar sagrado donde Dios espera y habita. Ella cree, más adentro de la pena y el castigo: «La Frater es importante para que la Iglesia se dé cuenta de que, desde la enfermedad y la discapacidad, también se puede evangelizar». Porque «no solo somos sujetos de atención y cuidados», sino que «tenemos una palabra que decir, que destierre de sus actitudes y de su corazón el paternalismo y dolorismo».

Muchos, en algún momento de su vida, se preguntan qué pueden aportar los discapacitados a esta sociedad, a lo que Basi recusa que hacen una sociedad más humana, «donde se priorizan las necesidades de los más desfavorecidos, donde todos podamos desenvolvemos en igualdad de condiciones, dando más al que más lo necesita y facilitando la vida a todos». Y así viven ellos, con el alma bañada de anhelos, prendidos a una esperanza latente que, a la luz de la fe, siente que la limitación física es solo una expresión, porque las capacidades son más grandes que las limitaciones.

### «Soy una persona y no una enfermedad»

Hay personas capaces de cambiar el sentido entero de una vida. Sosegado,



Basi Martín (dcha.), presidenta general de Frater España, y Liliana López, presidenta de Frater en la diócesis de Las Palmas.



Última Comisión General de Frater.

Chema transita entre mosaicos de un Dios con quien camina tranquilo. Habla con **Liliana López**, presidenta de Frater en la diócesis de Las Palmas, quien reconoce que, a pesar de la artritis reumatoide que paralizó su cuerpo hace 35 años, es una persona y «no una enfermedad», aunque «descubrir eso lleva casi una vida». Basi, que sabe mucho de amor, me habla con la calidez de quien confía, aunque baje la marea y caiga el rocío de la aflicción, y no quiere dejar de contarme que la enfermedad de su madre, «el atenderla día a día, con su alzhéimer, aparte de la ternura que llevó a mi vida, supuso mi superación» y, de alguna manera,

«mi abandono en las manos de Dios».

La mirada de Cristo late con fuerza también en Liliana: «La Frater se siente levadura dentro de la Iglesia, queriendo transformar las mentes y los corazones». Porque toda persona, asevera sin cortapisas, necesita ser reconocida por sí misma, «no por la enfermedad o discapacidad que tenga, sino que necesita ser vista con la mirada de Jesús». Y aunque todo en Liliana habla de fortaleza, ella también sufre, porque «la discapacidad no es fácil» y «se viven momentos muy duros». Todos tenemos que cruzar ese árido desierto de soledad ante el dolor y el miedo, y en esas horas oscuras es cuando nos preguntamos: ¿Por qué a mí? Sin embargo, Liliana me enseña que «solo con la aceptación, viene la superación; solo cuando nos entregamos al Padre y dejamos todo en sus manos, viene la solución».

### Dios capacita a los elegidos

Desde una silla de ruedas, desde una habitación sin luz, desde una cama de hospital: la vida encarnada. Es posible conmover el latido del mundo cuando la siembra cristaliza su fruto desde la alcoba del alma, porque Dios no elige a los capacitados, Él capacita a los elegidos. Y esa es la vida, la recién nacida, la que crece invisible, la que nos enseñan los ojos de CECO, los oídos de Pastoral del Sordo y las piernas de Frater: porque, gracias a ellos, sobrevivirá el poema, aunque algún día asalte al cielo el corazón del poeta. ■

Carlos González García